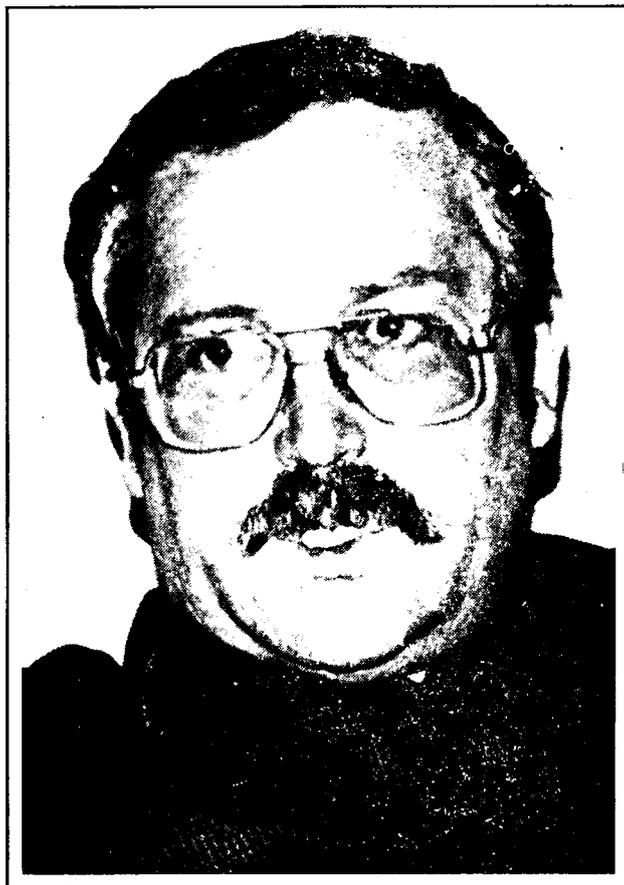


ALLENDE Y EL PROYECTO NACIONAL DE CHILE

Luis Maira. Abogado, politólogo. Diputado y actual coordinador de la Izquierda Cristiana.



Si el proceso de democratización de la sociedad chilena no se hubiera interrumpido brusca y brutalmente en septiembre de 1973, el último presidente constitucional de Chile; Salvador Allende Gossens probablemente habría cumplido 73 años el 26 de junio pasado. De haber ocurrido así, Chile tendría más de 10 años de desarrollo de la experiencia de transformaciones de la economía, la política y la organización social que se conoció bajo el nombre de "vía chilena al socialismo" y que el propio Allende sintetizó en la fórmula de "un camino al socialismo en democracia, pluralismo y libertad".

Siempre es difícil reflexionar sobre la historia que no fue, precisamente porque las fuerzas materiales y el cruce de los intereses en pugna la llevaron en un sentido distinto. Pero, así y todo no deja de tener algún valor imaginar cómo podría haber sido ese Chile que Salvador Allende proyectó en sus sueños y que, con su tenacidad y sentido de la histo-

Discurso, acto conmemorativo del 73 aniversario de Salvador Allende; auditorio Jaime Torres Bodet, México 26 de Junio 1981.

ria, comenzó a plasmar difícilmente en los tres años que duró su mandato como presidente de Chile.

Una victoria semejante del proyecto nacional basado en los objetivos del desarrollo económico, la democratización social progresiva y el afianzamiento de la independencia nacional, las tres ideas-fuerzas del programa de la Unidad Popular, seguramente habría permitido la superación de los principales problemas históricos que Chile enfrentaba y para los que este diseño nacional intentaba ser una respuesta: miseria, analfabetismo, desigualdad social, explotación, dependencia.

Chile sería un país con mayor capacidad para ejercer su soberanía económica y política y para contribuir al afianzamiento del progreso y la autodeterminación en América Latina y en el mundo. La recuperación del cobre, el salitre, el hierro, y el carbón y las demás riquezas naturales habrían permitido consolidar esa dimensión económica de la geopolítica y de la independencia del país que, con tanta visión, el general Carlos Prats avizoraba como una de las grandes potencialidades de la existencia de un gobierno popular. Los problemas de manejo y el conocimiento eficiente de estas organizaciones productivas que, por largos años perma-

necieran bajo control extranjero, sustraídas desde el punto de vista técnico y de la administración al control interno, tal como lo prueban las experiencias de numerosas naciones en desarrollo se habrían resuelto y un volumen de ingresos y de utilidades ampliadas posibilitaría el inicio de nuevos proyectos destinados a explotar las cuantiosas riquezas naturales de Chile que constituyen la base de su porvenir. El ejercicio del dominio sobre el cobre al que Allende gráficamente llamó “el sueldo de Chile”, realizado con una efectiva voluntad política, junto a otros ingresos nacionales diversificados habrían ensanchado la posibilidad de disponer de los recursos financieros que permitieran ir resolviendo las carencias y restricciones que impedían a los chilenos más pobres alcanzar un mínimo de vida digno, porque como el compañero presidente señalara:

Cuando nosotros planteamos nacionalizar nuestras minas no lo hacemos para agredir a los inversionistas de Estados Unidos. Si fueran japoneses, soviéticos, franceses o españoles, igual lo haríamos. Es que necesitamos el cobre para Chile, necesitamos lo que sale más allá de nuestras fronteras como utilidad de esas compañías, para poder impulsar el desarrollo de la nación.

Unido a esto, asistiríamos también al impacto de una política exterior basada en los principios de la paz, el respeto a la independencia y libre determinación de todos los pueblos y el no alineamiento. Chile, que en los últimos años de su existencia democrática salió de su enclaustramiento parroquial para asumir una posición definida y un papel activo en la decisión de los asuntos internacionales que atañen a todos los pueblos y naciones, estaría en condiciones de reforzar la que hoy sigue siendo una difícil marcha hacia la dignidad y el afianzamiento de una nueva conciencia histórica latinoamericana. Tendríamos la oportunidad de expresar más activamente nuestra hermandad con la revolución de Nicaragua, con la lucha por la democracia y la libertad que hoy libra el movimiento popular de El Salvador y de reforzar las posiciones que el gobierno de México sostiene en favor de los principios fundamentales del derecho internacional de nuestra época. Seríamos parte de las fuerzas que se levantan para impedir el bloqueo y las amenazas a la revolución Cubana, extenderíamos nuestro compromiso con los pueblos jóvenes que en Asia y Africa transitan también el camino de la liberación nacional y mantendríamos dignas y fraternas relaciones con las naciones del campo socialista.

En el plano interno Chile con toda seguridad habría seguido desarrollando y profundizando las mejores potencialidades de su propio desarrollo histórico. País pequeño, con riquezas abundantes, pero difíciles de explotar, el nuestro paradójicamente conoció primero el desarrollo político que el económico. Estado nacional organizado tempranamente en América Latina en las décadas inmediatas a la declaración de su independencia. Chile pudo hacer del desarrollo de la inteligencia, de la práctica activa de la tolerancia y de la incansante profundización de una democracia liberal estrecha, la base de sus acciones de crecimiento como nación. Y para ello descansó, sobre todo en la expansión incesante de su movimiento popular al interior de la sociedad civil. De algún modo este movimiento popular fue generando gradualmente el germen de un estado y de una sociedad alternativa que su propio crecimiento cuantitativo y el ascenso de su conciencia fue tornando más posible.

Porque a todo lo largo de la existencia de Salvador Allende, el horizonte histórico de un gobierno popular se



“Concibió a la democracia como el marco estratégico en el que el gran desafío del socialismo es ampliar las libertades públicas y las garantías fundamentales de aquellos límites estrechos que en el capitalismo no se pueden traspasar”.

fue gestando jornada a jornada, durante décadas. Tuvo que ver con el surgimiento del movimiento obrero en las inhumanas explotaciones salitreras ubicadas en ese desierto enorme y sobrecogedor que conforma nuestro Norte Grande. Allí donde Luis Emilio Recabarren puso la semilla del movimiento obrero, donde se gestaron los primeros sindicatos, donde se aprendió a organizar las primeras grandes huelgas y donde se gestó una prensa, un teatro y una cultura proletarias que permitieron que nuestras organizaciones sindicales tuvieran una dimensión de "clase para sí" y que trabajaran no sólo por las reivindicaciones inmediatas que reclamaba una vida llena de privaciones, sino por el designio de construir una sociedad diferente, una sociedad de trabajadores que, como ya lo señalaran los estatutos del Partido Obrero Socialista en 1912, fuera capaz de "dejar atrás para siempre la explotación del hombre por el hombre".

Este Chile popular al que Allende dio su expresión más alta se enriqueció desde principios de este siglo también con la acción solidaria de la juventud chilena que en los centros de enseñanza media y superior proclamó y cultivó el lema de la unidad obrero-estudiantil. La Federación de Estudiantes de Chile, de la que Salvador Allende fuera vicepresidente, en 1932, junto a las federaciones de las restantes universidades del país, fueron motores para enraizar el compromiso más hondo de la juventud y los estudiantes con su patria y con su pueblo. Permitieron así que el horizonte de la lucha y no el conformismo fueran el norte de amplias capas profesionales que buscaron hacer de su conocimiento de la ciencia y de la técnica herramientas colocadas al servicio de un mundo más justo y no del simple beneficio individual.

Desde los años treinta el movimiento popular chileno se vio, además, enriquecido por la acción organizada de los campesinos que luchaban por conquistar el derecho a la tierra. Esta acción decisiva para la demolición del segmento más tradicional que aún subsistía en la sociedad chilena; la estructura de la vieja hacienda de raíz colonial y su prolongación política, el predominio de la clase terrateniente en el poder originó también heroicos combates para alcanzar la legalización de las nascentes organizaciones campesinas; para hacer posible una reforma agraria que diera efectivamente la tierra a quien la trabaja, para defender mediante las heroicas insurrecciones de las comunidades Mapuches los últimos restos de las tierras que habían sido de sus antepasados. Los obstáculos fueron muchos, al punto que en 1947 se llegó a dictar una ley especial que en la práctica establecía la poscripción de los sindicatos agrícolas. Sin embargo, la fuerza de los hechos y las exigencias de la modernización llevaron finalmente al triunfo incontenible de la organización popular en el campo y centenares de miles de campesinos, medieros y pequeños propietarios emergieron en Chile como una decisiva fuerza social cuyas reivindicaciones y objetivos ya no se podía desconocer.

En los años cincuenta, con el crecimiento de las grandes ciudades emergió también una nueva instancia de lucha y organización: el movimiento poblacional; enormes masas de trabajadores venidos del campo, habitantes jóvenes de las ciudades chilenas demandaron el derecho a la vivienda y a condiciones de vida dignas de su condición de seres humanos. Así, desde la histórica toma del campamento Victoria en 1957, la lucha por el pedazo de suelo propio y una casa adquirió dimensiones masivas, movilizó las mejores reservas de solidaridad del movimiento popular y dio lugar a una impresionante estructura de juntas vecinales, coope-

rativas de autoconstrucción y consumo, centros de madres y otras entidades que hicieron más denso y rico el tejido social chileno y ampliaron los nervios que canalizaban las energías de los que luchaban por una sociedad basada en las esperanzas y las necesidades de los hombres, rechazando las motivaciones de lucro y la explotación que caracterizan a la sociedad capitalista.

Así, el horizonte del socialismo, de un socialismo surgido, como Allende tantas veces lo subrayó, de la historia y los rasgos específicos de Chile, se fue convirtiendo en la bandera que aglutinaba a capas cada vez más amplias de la sociedad chilena y en la base de un conjunto de aspiraciones que, a la vez, surgidos al calor de la lucha, como instancias coordinadoras, unificadoras y de dirección del movimiento popular.

Por eso, el significado superior del gobierno de Salvador Allende fue precisamente haber elevado a la condición de protagonistas de la historia a los que por décadas habían sido sostenedores materiales del progreso nacional, pero habían terminado como víctimas humilladas de la acción del capital extranjero y de los grupos internos más poderosos. "Ha llegado por fin el día de decir basta", subrayaba Salvador Allende a los trabajadores chilenos en su primer discurso como presidente constitucional:

¡Basta a la explotación económica!

¡Basta a la desigualdad social!

¡Basta a la opresión política!

Hoy con la inspiración de los héroes de nuestra patria, nos reunimos aquí para conmemorar nuestra victoria, la victoria de Chile, y también para señalar el comienzo de la liberación. El pueblo, al fin hecho gobierno, asume la dirección de los destinos nacionales.

En el prolongado conflicto social que se extendió a lo largo de los mil días que duró el gobierno del presidente Allende, estas características de vinculación entre el crecimiento de las organizaciones sociales y populares y la ampliación de los márgenes de apoyo de un proyecto nacional transformador y democrático, se fortaleció constantemente. El gobierno popular pudo sostenerse en el poder durante tres años, por el apoyo prodigioso que recibió de las organizaciones que expresaban las mejores inquietudes de nuestro pueblo; recíprocamente el acceso a las decisiones del Estado y la participación en la ejecución de las políticas públicas que el presidente y su gobierno buscaron en todo momento, hicieron crecer y madurar a las organizaciones sindicales, campesinas y a los organismos de base de la comunidad. Qué duda cabe que de haberse profundizado en el tiempo esta perspectiva de trabajo Chile hoy sería un país en que el papel de las organizaciones populares y su peso y compromiso activo en la ejecución de las tareas nacionales sería uno de sus factores sobresalientes como nación.

Vista a la distancia, la figura de Salvador Allende aparece como un símbolo, tanto de las posibilidades alcanzadas como de las opciones tronchadas para nuestro pueblo durante toda una época histórica que se abre en la lucha contra el régimen autoritario del general Ibáñez, a fines de los años 20; que se prolonga en las convulsiones que siguieron a su caída en 1931, de las cuales la fugaz República Socialista fue el acontecimiento más importante y que remata en los 40 años de continuidad democrático-liberal que Chile vivió, desde el segundo gobierno del presidente Arturo Alessandri hasta el trágico final del gobierno popular el 11 de septiembre de 1973. A lo largo de esas cuatro décadas el proceso político chileno estuvo atravesando por dos tenden-



cias bien definidas: de una parte del agotamiento de las opciones y programas que buscaban afianzar el destino capitalista de la nación; de otra el desarrollo y fortalecimiento de las corrientes que buscaban un cambio profundo de la sociedad chilena y el abandono del modelo político económico de inspiración capitalista.

Entre 1946 y 1970, por ejemplo, en Chile se ensayaron todas las formas que, dentro de un proceso democrático burgués, podían intentar las clases dominantes para dar estabilidad política a sus intereses fundamentales: el gobierno de González Videla inscribe a Chile dentro de los esquemas de la Guerra Fría, siguiendo los lineamientos de la doctrina Truman e inauguró un primer ciclo represivo sobre el movimiento obrero y el partido comunista; en 1952, el retorno del general Ibáñez exhibió la fragilidad y los límites de las opciones populistas, en 1958, el gobierno conservador de Jorge Alessandri devolvió el ejercicio del poder en forma directa a los grandes empresarios y se ensayaban, fallidamente, muchos de los esquemas que hoy levanta el pensamiento neoconservador; en 1964 Eduardo Frei y la democracia Cristiana llegaron a hacer el último y más espectacular esfuerzo de reestructuración del destino capitalista de Chile con su programa de revolución en libertad. Ninguno de estos programas y alternativas, sin embargo, fue capaz de sostenerse. Todos fracasaron y originaron un cambio de timón que nos muestra a una burguesía nacional desorientada al no encontrar una fórmula política que establezca su dominación y que, en su desconcierto, busca más y más apoyo y la subordinación directa con el gobierno de Washington para mantenerse en el poder. A qué recordar los episodios más sórdidos en esta larga historia, suficientemente documentados en las investigaciones realizadas exhaustivamente en el propio Senado de los Estados Unidos.

Entretanto, en el otro extremo del arco ideológico, el movimiento popular y los partidos de izquierda vivieron

una tendencia constante al ascenso. Primero con la experiencia del Frente Popular que entregó a Chile el inicio de su expansión industrial y un afianzamiento de su autonomía internacional. Luego, con los esfuerzos, cada vez más exitosos de unidad y consolidación de la clase obrera y los partidos populares que llevaron a la creación de la central única de los trabajadores en 1953, el establecimiento del frente de acción popular en 1957, y la creación, finalmente, de la Unidad Popular en 1969.

En toda esta era de nuestra historia política, Salvador Allende emergió como un conductor político cada vez más importante. Fundador del Partido Socialista en 1933, diputado por Valparaíso en 1937, ministro de salubridad en 1939, senador ininterrumpido desde 1945, por sus dotes de organizador, por su voluntad de trabajo incansable, por su sentido internacionalista probado en mil luchas en el mundo entero, por la fuerza de su espíritu unitario y por su capacidad para establecer una relación directa y creadora con los sectores populares y sus organizaciones, en todo Chile, Allende se fue convirtiendo en un motor de ascenso de las fuerzas de izquierda y en uno de los más decididos arquitectos de su proceso de unidad. Dirigente genuino, nunca caudillo de las organizaciones populares, en toda su reflexión política por lo mismo está vivo el sentimiento de su compromiso con todos los que contribuyeron a hacer posible, por su intermedio, la presencia del pueblo en el poder. Por eso, en el momento mismo de la victoria popular, Allende expresa:

esto que hoy germina es una larga jornada. Yo sólo tomo en mis manos la antorcha que encendieron los que antes que nosotros lucharon junto al pueblo y por el pueblo. Este triunfo debemos tributarlo en homenaje a los que cayeron en las luchas sociales y regaron con su sangre la fértil semilla de la revolución Chilena que vamos a realizar.

Salvador Allende fue un gran presidente de Chile. Más

allá de las luces y las sombras que hacen parte del balance final del gobierno de la Unidad Popular y en el que la mayoría de los errores no le son en absoluto atribuibles, Salvador Allende desplegó con voluntad e imaginación el difícil empeño de dar forma a un nuevo modelo económico y político de transición social del capitalismo al socialismo en una sociedad atrasada y dependiente. Concibió a la democracia como el marco estratégico en que el gran desafío del socialismo es ampliar las libertades públicas y las garantías fundamentales de aquellos límites estrechos que en el capitalismo no se pueden traspasar. Fue un presidente que cumplió con su promesa de comprometer hasta su vida en la realización del programa que su pueblo le había confiado ejecutar. Que llevó adelante con valor y creatividad el conflictivo proceso de nacionalización de las riquezas fundamentales del país, estableciendo una doctrina jurídica que hoy universalmente lleva su nombre, conforme a la cual es el derecho de los pueblos pobres ajustar la indemnización de las empresas extranjeras nacionalizadas, teniendo el derecho de descontar del pago del valor de sus activos el monto de las utilidades excesivas que, en perjuicio del país huésped, hubieran extraído durante su ejercicio, pues, este es claramente el único camino que hace posible el fortalecimiento de la soberanía nacional evitando que los países pobres se vieran envueltos en el círculo vicioso de la imposibilidad de recuperar sus riquezas, porque carecen de recursos financieros para indemnizar o de ver anuladas todas las ventajas de una expropiación en beneficio nacional porque, tal como Estados Unidos lo pretendía, se debe pagar a las compañías afectadas el monto en que estas estimen el valor de sus instalaciones.

En el plano doméstico no fueron menores las realizaciones del gobierno popular. Profundizó la reforma agraria y entregó la tierra a los campesinos terminando con el latifundio. Desarrolló un área de propiedad social que devolvió al estado el control de las actividades industriales y estratégicas, casi todas ellas de característica oligopólicas. Incorporó a los trabajadores a las decisiones políticas fundamentales de su gobierno. Redefinió con respeto, quizás excesivo, para los altos mandos de las fuerzas armadas una nueva política de defensa nacional fundada en su incorporación a las tareas del desarrollo económico nacional. Y convirtió a la cultura en un patrimonio abierto para los trabajadores y el pueblo, posibilitando a la vez que los valores y las esperanzas de estos fueran de la tarea de creación de un pensamiento nacional.

La labor de su gobierno se vio comprometida por errores que las fuerzas populares no estuvieron en condiciones de superar como el sectarismo que llevaba a privilegiar el estrecho desarrollo partidario, por encima de los intereses y el progreso de la alianza de la izquierda; como el burocratismo que paralizó en muchos casos el funcionamiento eficiente de las actividades estatales, estableciendo una contradicción entre la burocracia y las masas que hizo que estas no encontraran en el estado cauces para canalizar su energía, pese a que, por otra parte, esta constituía la única fuerza capaz de resolver en favor del presidente la intensa pugna planteada, casi desde el principio de su gobierno, con los segmentos más retardatarios del estado Chileno que controlaban el congreso, el poder judicial y la contraloría general de la República. Como si esto fuera poco, Allende tuvo que hacer frente también a la tendencia a distribuir, mediante cuota, los puestos de mayor importancia en el gobierno entre los diferentes partidos, lo que además de privilegiar una

mal entendida lealtad partidista, por encima del apoyo a la línea general del gobierno, contribuyó a marginar a muchos especialistas competentes e identificados con el programa popular cuyo único delito fue carecer de un partido que los patrocinara.

En estas circunstancias, la estrategia contrarrevolucionaria levantada por aquellos que muy precisamente entendieron el sentido profundo de los objetivos de su programa de gobierno, encontró facilidades para obstruir los esfuerzos de consolidación de su posición que el presidente Allende, tenaz y reiteradamente intentó. Y estos todavía fueron apoyados desde afuera por las grandes corporaciones transnacionales y por el departamento de estado norteamericano que hizo un "caso prueba", precisamente en base al argumento de que el mayor riesgo que conllevaba la experiencia chilena era el de su propagación a países mucho más importantes para el interés estratégico de los Estados Unidos. Sin embargo que "la historia no se detiene ni con la represión ni con el crimen", como Allende lo dijera en su último mensaje, ha sido una verdad que acabamos de ver confirmada en la victoria electoral de la izquierda francesa. Esa sola imagen que ha dado vueltas al mundo de la noble y combativa viuda del presidente Allende, nuestra Sra. Hortensia Bussi, sentada en el lugar de honor a la derecha del presidente de Francia, François Mitterrand, en el primer acto oficial de su gobierno, constituye una confirmación más, por si hiciera falta alguna, de que la vida y el combate del presidente de Chile ha sido capaz de prolongarse para vencer en la lucha democrática de todos los pueblos que triunfan en el combate por edificar una sociedad mejor.

Por cierto que a los chilenos no nos basta esta certeza. Nuestra deuda con el legado del compañero presidente, que se extiende ya por casi ocho años, solo será saldada cuando al interior de nuestra propia patria las ideas por las cuales él vivió y murió logren encarnarse definitivamente. Por ello, así como es importante hacer el balance de su labor creadora y de lo que pudo haber sido la sociedad chilena si su acción no hubiera sido interrumpida por la fuerza, lo fundamental es entender que si en aquella ocasión no pudo ser así, es nuestra responsabilidad trabajar por restablecer los surcos de su tarea interrumpida. Salvador Allende es sin lugar a dudas uno de los pocos chilenos de dimensión universal que nuestro país ha producido en este siglo.

Apenas otros dos nombres pueden ser colocados al nivel de su importancia: Gabriela Mistral y Pablo Neruda, nuestros más grandes poetas que obtuvieron el premio Nobel de literatura. Y no deja de ser importante subrayar que estos tres chilenos que han ganado el reconocimiento de la humanidad, compartieron una identificación popular y una vocación nacional que los llevó a nutrir lo esencial de su pensamiento en el conocimiento y la comprensión de los sentimientos y la esperanza de la gran mayoría de nuestro pueblo. Pero ciertamente la grandeza de Allende es la más específicamente política de entre los tres. Su inmortalidad se vincula a la consecuencia final para defender sus ideas que hicieron de él al mismo tiempo, como Fidel Castro lo captara acertadamente, el último defensor del viejo ordenamiento constitucional que la contrarrevolución hundía y el primer combatiente en la lucha contra la dictadura que le arrancó la existencia.

En estos ocho años, la dictadura de Pinochet ha intentado borrar la faz de nuestra Patria todas las huellas y los recuerdos del gobierno popular y de su conductor, Salvador Allende. Ha exaltado de su gobierno el caos y el desorden

que las propias acciones de sabotaje crearon. Ha atacado la política y la acción de los partidos tratando de ignorar el hecho de que la política no es otra cosa que la adopción de decisiones obligatorias desde el poder olvidando que, como los clásicos de la política ya lo señalaron "Si el poder político corrompe, el poder absoluto acaba por corromper absolutamente". El ejercicio real del gobierno ha pasado así de las manos del pueblo y de sus partidarios a un pequeño grupo formado por los altos mandos de las fuerzas armadas a los que se exige obediencia absoluta al dictador y una emergente burguesía financiera, apta para el juego especulativo y la actividad mercantil, pero despojada de capacidad productiva y de vocación nacional, como lo prueba su dócil subordinación al nuevo esquema de división internacional del trabajo y su índole política que ha destruido todo el esfuerzo de desarrollo industrial que el país entero había construido en muchas décadas.

Un nuevo orden económico y un nuevo esquema político ha sido levantado en estos ocho años bajo el amparo de la represión. Todas las organizaciones populares han sido proscritas e ilegalizadas por su peligrosidad estratégica para la suerte de este modelo que no resiste el desacuerdo, el debate democrático, ni mucho menos la consideración de los intereses de Chile como nación o de su pueblo como sociedad solidaria al que le asiste el derecho de una existencia más humana.

Por lo mismo, en esta época de derrota y dispersión, de exilio y reflujo de movimiento popular resultan más importantes que nunca las certezas y las esperanzas de Salvador Allende. No para volver a un pasado que quedó atrás, el del gobierno de la Unidad Popular, sino para recoger de su larga y ejemplar jornada de luchador revolucionario aquello que nos puede servir para afianzar "más temprano que tarde" el horizonte de un mundo mejor. Hoy, que tenemos conciencia, de la inmensa falta que Salvador Allende nos hace como conductor del movimiento popular chileno debemos ser capaces de recoger algunas inquietudes y desaffos que estuvieron en el centro de su pensamiento y de su acción.

Digámoslo claramente: no es exaltando su memoria como le rendimos homenaje, sino haciendo posible la parte incumplida de su tarea. Para ello necesitamos colocar la unidad en el centro de nuestras preocupaciones por encima de los pequeños chauvinismos partidistas, debemos aprender a comprender que el proceso de resistencia es ante todo, un proceso de reconstrucción de las organizaciones populares y de definición de nuevas plataformas de lucha; debemos aprender, otra vez a combinar el peso de una lucha social crecientemente politizada, con la capacidad de acumulación de fuerza propia y el uso de la violencia para

al igual de los padres de nuestra patria, conquistar en el combate el derecho a una existencia libre; debemos ser capaces de levantar un nuevo proyecto nacional a partir de la comprensión profunda de los cambios que la dictadura ha realizado en la organización productiva, en la estructura de clases y en la cultura durante todos estos años, especialmente ahora que los objetivos que cubren el vasto campo de lo democrático, lo nacional y lo popular han sido definitivamente abandonados por quienes usurparon el poder y por los sectores democráticos que han optado por el camino de ganar el reconocimiento de una existencia legal.

Para las jornadas futuras que serán duras y más largas de lo que él mismo lo pensó, necesitamos recoger de Allende esa voluntad indomable de lucha, capaz de sobreponerse a todos los obstáculos, esa ternura por los pobres y los desamparados que lo llevó a sentir como propia cualquier forma de injusticia y esa capacidad para pensar a Chile en el horizonte superior del socialismo, pero profundizando sus raíces en nuestra propia historia nacional.

Nuestra deuda con Allende, con su vida, con su obra, con su sacrificio final no es una deuda de recuerdo sino de porvenir. La pagaremos cuando otra vez se abran entre la cordillera y el mar del Pacífico Austral de América Latina "las grandes alamedas por donde pase el hombre libre para construir una sociedad mejor". Cuando de nuevo, al final del combate podemos pronunciar como propias las palabras que Allende dijera al iniciar el gobierno popular.

Aquí estamos hoy, compañeros, para conmemorar el comienzo de nuestro triunfo. Pero alguien más vence con nosotros. Están Lautaro y Caupolicán hermanos de la distancia de Cuauhtémoc y Túpac Amaru.

Hoy, aquí, con nosotros, vence O'Higgins, que nos dio la independencia política celebrando el paso hacia la independencia económica.

Hoy, aquí con nosotros, vence Balmaceda, combatiente en la tarea patriótica de recuperar nuestras riquezas del capital extranjero.

Hoy, aquí con nosotros, también vence Recabarren, con los trabajadores organizados tras años de sacrificios.

Hoy, aquí con nosotros, por fin, vencen las víctimas de la población José María Caro; aquí con nosotros vencen los muertos de El Salvador y Puerto Montt, cuya tragedia atestigua por qué y para qué hemos llegado al Poder.

Compañeros: seremos finalmente dignos del legado de Allende cuando las organizaciones democráticas y revolucionarias de Chile puedan decir bajo el cielo de Santiago como él ayer:

"De los trabajadores es la victoria".